

VARADA DE ALTO RANGO

Raúl Torres Rodríguez
Capitán de Fragata (R)

Necesidades del servicio y mi especialidad no me habían dado la oportunidad de conocer esa zona de nuestro país formada por los archipiélagos de Chiloé, de las Guaitecas y de los Chonos, salvo algunos canales patagónicos en esporádicos viajes a Punta Arenas. Sentí entonces una inmensa alegría cuando el Director de Personal de la Armada me comunicó que me designaba comandante de la escampavía *Yelcho*, con base en Puerto Montt, puesto que debería tomar a la brevedad posible porque el actual comandante había enfermado de gravedad. Cuarenta y ocho horas después me presentaba a la Gobernación Marítima para que dicha autoridad hiciera mi nombramiento como el nuevo comandante, al día siguiente. Cumplido este trámite recibí la orden de prepararme para zarpar apenas llegara a bordo el Ministro de Marina y su familia, quien —como hacía 20 años— venía a una caleta de isla Grande, en donde conservaba la casa en que naciera.

La *Yelcho* era la heroica nave en que cumpliera su recordada hazaña el Piloto Pardo. Debo hacer presente que en el momento en que recibí el mando, el buque no estaba en muy buenas condiciones: tenía rota su caldera, carecía de radiotelegrafía y de todo otro elemento moderno para cumplir eficazmente las tareas de la zona.

El Almirante llegó puntualmente con su señora y cuatro hijos. Apenas recibido se dirigió al puente de mando, imponiéndose que, desde luego, no había carta náutica, ni plano, ni siquiera un croquis de la caleta a la que nos dirigíamos.

— No se preocupe, comandante —me manifestó el Almirante— si Ud. me permite, con todo agrado lo ayudaré. Conozco esta isla desde que nací y aquí se formó mi carácter de navegante.

—Con todo agrado, Almirante —respondí— yo no conozco la zona, así que su ayuda me será muy útil.

Calculamos llegar alrededor de las 5 de la tarde. Poco antes, el Almirante regresó al puente y estuvimos conversando amigablemente, recordando hechos marineros del pasado.

Media hora más tarde, al parecerme que la isla se nos venía encima, ordené media fuerza a la máquina.

— Todavía estamos lejos, comandante; siga a toda fuerza adelante no más.

Le hice caso, pero diez minutos después, cuando me parecía que la isla estaba encima del buque, ordené "media fuerza, sonda timonel".

— Veinte brazas, no hay fondo —contestó el timonel.

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducciones de Textos aparecidos anteriormente en *Revista da Marina* o extractados de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

— Ve, comandante, estamos muy lejos todavía —argumentó el Almirante.

Una vez más no le hice caso y ordené "para la máquina". Poco después ordené sonda timonel.

—Varado el buque, comandante —respondió éste.

— Perdone, comandante la culpa ha sido mía porque olvidé que aquí la isla es cortada a pique —dijo el Almirante.

—No se preocupe, Sr. Ministro —contesté. Luego saldremos, porque la marea está comenzando a subir. Enseguida, ordené arriar una chalupa y envié mis pasajeros a tierra. El Almirante observaba con sus anteojos binoculares, y cinco pañuelos blancos revoloteaban sobre el puente de mando como una bandada de gaviotas costeras.

Tres pitidos largos fue mi señal de despedida. Puse proa al norte a toda velocidad y me dirigí a la sala de cartas para escribir mí primera página, como comandante, en el bitácora, en la que coloqué como subtítulo: "Una varada de alto rango", lo que celebraban alegremente mis oficiales, especialmente el Guardiamarina Oficial de Navegación, quién con los años llegó a ser uno de los más eficientes canaeros de la época.

Poco tiempo después, una tarde, recibí una carta del ministro, en la que me expresaba los agradecimientos de su familia y propios, por las atenciones recibidas a bordo y por los momentos gratos que habíamos pasado conversando en el puente de mando. Una vez más me expresaba que él había sido el único culpable de lo ocurrido.

Le contesté una carta de mucha confianza, en la cual le contaba mis anotaciones hechas en el bitácora. El Almirante me respondió, comentando alegremente dicha acotación, frase que recordarla por muchos años.

Mis oficiales, cada vez que llegaban al puente, celebraban tal locución.

Es que la Marina del pasado era así; eficiente para la época, amena y pintoresca, en donde soplaban un aire de "no-se-qué" que la hacía vivirla con alegría contagiosa.

